

do á medias sobre el porvenir, no veía aún la mitad de los males que iban á dimanar del grande error cometido en Bayona.

Tales fueron los medios con que Napoleón logró destronar á los últimos Borbones reinantes en Europa, dejándose llevar de una idea sistemática mucho más aún que de las afecciones de familia, pues que podía haber contentado á todos sus parientes sin necesidad de usurpar la corona de España. No pudiendo por causa de su debilidad emplear contra ellos la fuerza, porque nada hubiese sido más ridículo que declarar la guerra á Carlos IV, quiso servirse de la astucia y obligarlos á huir amedrentándolos. Habiendo la indignación de la España detenido en su fuga á los malhadados Borbones, aprovechó sus escisiones para arrastrar-

los á Bayona, haciéndoles esperar una justicia que les administró á la manera del juez de la fábula, que comiéndose las ostras adjudicaba á los pleiteantes las conchas. De este modo se vió arrastrado de la astucia á la falsía, y añadió á su nombre la segunda mancha de las dos que mancillan su gloria. Sólo podía hacerle digno de perdón el bien que hiciese á la España, y por medio de ésta á la Francia; pero la Providencia no quería concederle este medio de lavar una perfidia indigna de su carácter.

Mas no nos anticipemos á la justicia de los tiempos. Las páginas siguientes demostrarán en breve esta formidable justicia, emanada de los mismos acontecimientos, castigando al genio, que está tan obligado como la medianía á tener lealtad y buen seso.

LIBRO TRIGÉSIMO PRIMERO

BAILÉN

Situación de España durante los sucesos de Bayona. - Espíritu de la nación en sus diversas clases. - Indignación sorda y amenazadora. - Publicación oficial de las abdicaciones forzadas de Fernando VII y Carlos IV. - Efecto prodigioso de esta publicación. - Insurrección simultánea en Asturias, Galicia, Castilla la Vieja, Extremadura, Andalucía, reinos de Murcia y Valencia, Cataluña y Aragón. - Formación de juntas de insurrección, declaración de guerra á la Francia, levantamiento general y asesinato de los capitanes generales. - Primeras medidas tomadas por Napoleón para reprimir la insurrección. - Regimientos veteranos sacados de París y de los campamentos de Bolonia y Bretaña. - Envío de tropas polacas á España. - El general Verdier reprime el movimiento de Logroño, el general Lasalle el de Valladolid y el general Frere el de Segovia. - El general Lefebvre-Desnoettes dispersa á los aragoneses en Tudela, Mallén y Alagón, á la cabeza de una columna compuesta principalmente de caballería, y es detenido sobre Zaragoza. - Combates del general Duhesme en las cercanías de Barcelona. - Marcha del general Monecy sobre Valencia y su permanencia en Cuenca. - Movimiento del general Dupont sobre Andalucía. - Encuentro de éste con los insurrectos de Córdoba en el puente de Alcolea: derótalos, fuerza las puertas de Córdoba y la entra á viva fuerza. - Saco de Córdoba. - Degollación de los enfermos y heridos franceses en todos los caminos. - Detiénese el general Dupont en Córdoba. - Situación peligrosa de la escuadra del almirante Rosily en Cádiz, esperando á los franceses, que no llegaban. - Acometida en la rada de Cádiz por los españoles, se ve en la precisión de rendirse después de una obstinada resistencia. - El general Dupont, rodeado de insurgentes, hace un movimiento retrógrado para colocarse más al alcance de los refuerzos que había pedido, y toma posición en Andújar. - Desventajas de esta posición. - Ignorancia absoluta en Madrid de lo que estaba pasando en los diversos cuerpos del ejército francés de resultas de haber asesinado á todos los correos. - Angustiosa situación del mariscal Monecy y del general Dupont. - Acude la división de Frere á socorrer al primero y la división de Vedel á reforzar al segundo. - Nuevos refuerzos enviados de Bayona por Napoleón. - Columnas de gendarmería y de guardias nacionales dispuestas en la frontera. - Formación de la división de Reille para libertar al general Duhesme bloqueado en Barcelona. - Reunión de un ejército de sitio sobre Zaragoza. - Composición de una división de tropas veteranas bajo las órdenes del general Moutón para contener al Norte de la península y escoltar á José. - Viaje de José en España. - Lentitud de este viaje. - Tristeza que experimenta al ver levantados contra él todos sus súbditos. - Acontecimientos militares en las provincias de su tránsito. - Ataque inútil contra Zaragoza. - Reunión de las fuerzas levantadas en el Norte de España bajo los generales Blake y Cuesta. - Movimiento del mariscal Bessieres á su encuentro. - Acción de Ríoseco y victoria ruidosa de Bessieres. - Bajo los auspicios de esta victoria se apresura José á entrar en Madrid. - Recibimiento que se le hace. - Acontecimientos militares en el Mediodía de España. - Campaña del general Monecy en el reino de Valencia. - Paso del desfiladero de las Cabrillas. - Ataque frustrado contra Valencia. - Retirada por la vía de Murcia. - Importancia de los sucesos de Andalucía. - Envíase la división de Gobert en seguimiento de la de Vedel para socorrer al general Dupont. - Situación de éste en Andújar. - Dificultades de su permanencia allí. - Calor inaguantable. - Pasa Vedel á tomar posición en Bailén después de forzar los desfiladeros de Sierra Morena. - Sitúase Gobert en la Carolina. - Obsérnase el general Dupont en permanecer en Andújar. - Los insurgentes de Granada y de toda la Andalucía, después de reunidos, se presentan el día 13 de julio sobre Andújar y cañonean dicha posición sin resultado particular. - Vedel, que había acudido intempestivamente desde Bailén á Andújar, regresa á su primera posición también inoportunamente. - Mientras queda Bailén abandonado, el general español Reding fuerza el paso del Guadalquivir y muere el general Gobert al defenderlo. - Substitúyese el general Dufour. - Al falso rumor de haberse dirigido los españoles por un camino travieso hacia los desfiladeros de Sierra Morena, los generales Dufour y Vedel acuden precipitadamente á la Carolina y dejan por segunda vez desamparado á Bailén. - Consejo de guerra en el campo de los insurgentes. - Decídese en consejo que los insurgentes rechazados en Andújar ataquen á Bailén. - Atacado Bailén de resultas de aquella determinación, es ocupado sin resistencia. - Marcha á Bailén el general Dupont al saber aquella noticia. - Encuentro de Dupont con el grueso de los insurgentes. - Batalla desastrosa de Bailén. - No pudiendo el general Dupont forzar el paso para reunirse con sus lugartenientes, se ve precisado á pedir treguas. - Regreso tardío é inútil de los generales Dufour y Vedel á Bailén. - Conferencias que produce la malhadada capitulación de Bailén. - Infracción de la capitulación inmediatamente después de quedar firmada. - Los franceses que debían regresar á Francia, autorizados para volver al servicio, quedan prisioneros. - Tratamientos bárbaros de que son objeto. - Efecto funesto de aquella noticia en toda España. - Entusiasmo de los españoles y abatimiento de los franceses. - Consternado José, se resuelve á salir de Madrid. - Retirada del ejército francés sobre el Ebro. - El general Verdier, después de penetrar en Zaragoza á viva fuerza y de enseñorearse de una parte de la ciudad, se ve precisado á evacuarla para reunirse con el ejército francés en Tudela. - El general Duhesme, después de una tentativa infructuosa sobre Gerona, se ve precisado á encerrarse en Barcelona sin haber podido esperar el socorro del general Reille. - Efecto de estos acontecimientos en Portugal. - Levantamiento general de los portugueses. - Esfuerzos del general Junot para comprimir la insurrección. - Premura del gobierno británico por coadyuvar á la insurrección de Portugal. - Envío de muchos cuerpos de ejército á la península. - Desembarco de sir Arturo Wellesley en la embocadura del Mondego. - Su marcha sobre Lisboa. - Acción memorable de tres mil franceses contra quince mil ingleses en Rolica. - Corre Junot al encuentro de los ingleses con fuerzas inferiores. - Batalla desastrosa de Vimeiro. - Capitulación de Cintra, en que se estipula la evacuación de Portugal. - Quedan reducidos los franceses en la península al territorio comprendido entre el Ebro y los Pirineos. - Desesperación de José y su ardiente deseo de volver á Nápoles. - Pesadumbre de Napoleón al ver tan cruel y brevemente castigados sus errores.

Cuando Napoleón dejó á Bayona para visitar á su regreso la Gascuña y la Vendée, ya no conservaba ninguna de las ilusiones que se había forjado momentáneamente sobre el espíritu de la España y sobre la fidelidad con que podría disponer de ella. Acababa de estallar una insurrección, parcial en un principio y general muy en breve, haciendo llegar á sus oídos los clamores de un implacable rencor. Confiaba sin em-

bargo en su joven milicia y en unos cuantos regimientos veteranos, últimamente encaminados hacia los Pirineos, para contener un movimiento que por entonces no aparentaba ser de más gravedad que la insurrección de las Calabrias. Aunque desengañado ya, y aun quizás arrepentido de lo que había emprendido, todavía le quedaba mucho que aprender por aquel lado, y antes que regresase á París había de ver todas las funestas consecuencias del error cometido en Bayona.

Desde el mes de marzo habían pasado los españoles en poco tiempo por las más diversas emociones. Llenos de esperanza en un principio al ver asomar á los franceses, de júbilo después al ver derribada la antigua corte, y de ansiedad al ver á Fernando VII precisado á ir á mendigar de la Francia el reconocimiento de su título de rey, entrevieron por último con toda claridad lo que se tenía dispuesto en Bayona, y encendiéndose de repente en su corazón un odio violento. No todos en verdad participaban de aquel sentimiento en igual grado: la clase elevada, y aun la clase media, que apreciaba los beneficios que podían prometerse de una regeneración de la España por la mano civilizadora de Napoleón, que no miraba á los extranjeros de tan mal ojo como el pueblo y que era menos ocasionada que éste á disturbios, sólo padecía en su orgullo, altamente ofendido de ver cómo se pensaba disponer de su suerte. Con ciertos miramientos y con un despliegue de fuerzas súbito é irresistible hubiera sido posible reprimirla y aun tal vez se hubiera granjeado sus ánimos; pero era grande la exasperación en el pueblo, y sobre todo en los frailes, que eran la parte enclaustrada del vulgo. Nada bastaba á amortiguar entre éstos el sentimiento del orgullo ofendido, ni la esperanza de una regeneración que eran incapaces de apreciar, ni la tolerancia hacia el extraño á quien detestaban, ni la afición á la holganza, ni el temor de los desórdenes. El pueblo español de las calles y del campo, lo mismo que el de los claustros, vehemente, ocioso, cansado de la tranquilidad lejos de apreciarla y estimando en poco los incendios de las poblaciones y de las campiñas, en las que nada tenía suyo, se preparaba á satisfacer á su manera esa misma propensión á la agitación que el pueblo francés de 1789 había satisfecho verificando una gran revolución democrática. Disponíase á desplegar en favor del antiguo régimen todas las pasiones demagógicas que el pueblo francés había desplegado por la fundación de un orden nuevo. Iba á mostrarse en defensa del trono y del altar tan violento, tan tumultuoso, tan sanguinario como se había mostrado en contra de ambos su vecino y hasta donde lo exigiesen el ardor de su temperamento y la ferocidad de su carácter. No obstante, en el pueblo español se unía á las pasiones que acabamos de describir un sentimiento generoso, cual era el amor á su patria, á sus reyes, á su religión, que confundía en un solo y único afecto, y con esta noble inspiración iba á dejar ejemplos inmortales de constancia y de heroísmo.

No soy ni seré jamás adúlador de la muchedumbre; me he propuesto por el contrario arrostrar su poder tiránico, puesto que he nacido condenado á escribir en tiempo en que ella domina y revuelve el mundo. Pero soy justo con ella: no sabe ver, pero sabe sentir, y en las raras ocasiones en que es menester cerrar los ojos y seguir el impulso del corazón, es la muchedumbre, no

ya un buen consejero, sino un torrente incontrastable. El pueblo español, aunque repugnaba con el advenimiento de José al trono un buen príncipe y unas instituciones excelentes, procedía quizás mejor inspirado que la clase elevada y la clase media. Obraba con nobleza al rechazar los beneficios que le ofrecía una mano extranjera, y aunque sin ojos, vió más que los hombres ilustrados, juzgando que bien se podía hacer frente al conquistador á quien no habían podido resistir los más poderosos ejércitos y los más grandes generales.

La partida de Fernando VII, á la que había seguido la de Carlos IV y después la de los infantes, descubrió á las claras los intentos de Napoleón, y no pudiendo contenerse más el pueblo de Madrid se levantó el día 2 de mayo, según en el libro precedente queda referido. Se insurreccionó, fué escarmentado por Murat, pero tuvo la indecible satisfacción de degollar á varios franceses que aisladamente cayeron en sus manos. Esparcida la noticia con la presteza del relámpago en Extremadura, Mancha y Andalucía, iba á hacer estallar el incendio que había tomado cuerpo sordamente, cuando la pronta y terrible represión que ejerció Murat heló de espanto á aquellas provincias y las tuvo refrenadas por cierto tiempo. Volvieron á aparecer los semblantes ceñudos y silenciosos, pero marcados de rencor profundo. Imponía temor la mano vengadora que estaba alzada; pero el rumor exagerado de la sangre vertida en Madrid, los pormenores de los sucesos de Bayona propagados por la correspondencia que tenían unos con otros los conventos, hacían á cada instante subir de punto el secreto furor que reinaba en los corazones, y preparaban una nueva explosión tan repentina, tan universal, que no había de poderse evitar con ningún castigo aunque se fulminase á tiempo. Sin embargo, si Napoleón, más preocupado de aquella grave empresa, hubiese dispuesto en todas partes una fuerza suficiente; si en vez de ochenta mil reclutas hubiese tenido ciento cincuenta mil veteranos para reprimir á un mismo tiempo á Zaragoza, Valencia, Cartagena, Granada, Sevilla y Badajoz, del mismo modo que se reprimió á Madrid, Burgos y Barcelona; si Murat no hubiese estado enfermo y hubiese podido presentarse, tal vez se hubiera evitado que se propagase el incendio, suponiendo que pueda en algunos casos la fuerza material triunfar de la fuerza moral, sobre todo cuando se halla ésta poderosamente excitada. Por desgracia, mientras el mariscal Moncey ocupaba con veinte mil reclutas la izquierda de la capital, desde Aranda hasta Chamartín; mientras el general Dupont ocupaba con diez y ocho mil hombres la derecha desde Segovia al Escorial; mientras el mariscal Bessieres ocupaba á Castilla la Vieja con cerca de quince mil hombres, el general Duhesme la Cataluña con diez mil (1): Asturias á la espalda, Galicia á la derecha, Aragón á la izquierda, y por delante Extremadura, la Mancha, Andalucía y Valencia, quedaban libres, y sólo estaban contenidas por las autoridades españolas, que aunque deseaban la conservación del orden, se mostraban llenas de pesadumbre y sólo disponían de un ejército que participaba de todas las ideas y pasiones del pueblo. Era evidente que no desplegarían grande ener-

(1) Todos los restantes hasta los ochenta mil bisoños enviados á España, estaban en los hospitales. (N. del A.)

gía en reprimir una insurrección con la cual simpatizaban secretamente; sin embargo, con el escarmiento del 2 de mayo y en la expectativa de lo que podría suceder definitivamente en Bayona, todavía estaba el pueblo contenido, aunque con todas las señales de una ansiedad extraordinaria y de una pasión violenta próxima á estallar.

En semejante situación, la imaginación del pueblo poderosamente exaltada acogía los más absurdos rumores. Todo giraba sobre los viajes forzados á Bayona: decíase que los principales personajes iban á ser también conducidos, después de la familia real, á aquella ciudad, que era el abismo donde debía sepultarse todo lo más ilustre de España. A la familia real y á los grandes seguiría naturalmente el ejército: éste sería llevado á Bayona por regimientos separados, y desde Bayona á las riberas del Océano, donde se hallaban ya las tropas del marqués de la Romana, para perecer en cualquier guerra lejana por la gloria del tirano del mundo. Suponíase además que iba á ser trasplantada la población entera por medio de un alistamiento general que esquilmaría la Península como había esquilinado la Francia, y la flor de la nación española sería sacrificada á los atroces proyectos del nuevo Atila. Contábanse sobre esto los más extraños pormenores: decíase que se había mandado fabricar un número considerable de esposas de hierro y llevar en las arcas del ejército francés, para conducir á los desgraciados reclutas españoles ahorrados de pies y manos. No parecía sino que las habían visto y tocado: miles de ellas había depositadas en los arsenales del Ferrol, donde sin embargo no se había visto ni un batallón ni una arca del ejército francés, aunque se trabajaba allí por orden de Napoleón en restaurar la marina española y donde se estaba preparando una expedición para poner las pingües colonias de La Plata al abrigo de los ataques de la Inglaterra. Agregábase á estos rumores otros muchos de igual especie: se decía también que como el nuevo rey era francés, se iba á obligar á todo el mundo á hablar y escribir en francés, y que iban á acompañar á aquel monarca una nube de empleados franceses que se iban á apoderar de todos los destinos.

La primera y más grave consecuencia de todos estos rumores fué hacer desertar á casi todo el ejército español por el temor de ser llevado á Francia violentamente. Rara era en Madrid la noche en que no desertaban bandadas de doscientos y trescientos hombres. Escapábanse los soldados sin oficiales, y á veces con ellos, llevándose armas, bagajes y efectos de guerra. Los guardias de corps que estaban en el Escorial desaparecieron también gradualmente, de tal manera que no quedó allí uno solo. Estas deserciones, con el ejemplo de Madrid, se repitieron en Barcelona, Burgos y la Coruña. Los soldados desertores huían ó hacia el Mediodía ó hacia las provincias que por su mucha distancia ó su estado de turbulencia ofrecían un asilo más seguro á los prófugos. Los de Barcelona se encaminaban hacia Tortosa y Valencia; los de Castilla la Vieja hacia Aragón y Zaragoza, país que reputaban inexpugnable los españoles; los de la Coruña iban á reunirse con el general Taranco, situado con un cuerpo de tropas al Norte de Portugal; los de Castilla la Nueva se dirigían parte por la izquierda hacia Guadalajara y Cuenca, donde tenían

por refugio á Zaragoza y Valencia, parte por la derecha hacia Talavera, donde tenían el asilo seguro é impene-trable de Extremadura. Los generales españoles, acostumbrados á la subordinación, daban parte de estas funestas deserciones, de cuyas resultas se veían sin medios para mantener el orden, cualquiera que fuese el monarca definitivamente impuesto á la malhadada España.

Tan sólo había unión y cuerpo en las tropas del Mediodía, especialmente en las de Andalucía, por ser las más distantes de los franceses, y éstas eran por desgracia nuestra las más numerosas; porque además del campo de San Roque, frontero á Gibraltar, que contenía nueve mil hombres, había la guarnición de Cádiz, considerable en todo tiempo, y por último la división del general Solano, marqués del Socorro, destinado primeramente á ocupar el Portugal, llamado después más cerca de Madrid, y enviado por último á Andalucía, donde era capitán general. No bajaban entre estas tropas y las del campo de San Roque, que mandaba el general Castaños, de veinticinco mil hombres, y eran las únicas en que no fuesen frecuentes las deserciones. Había que agregar á ellas las tropas suizas alistadas de mucho tiempo atrás al servicio de España. Habíanse reunido en Talavera por orden de Napoleón los dos regimientos suizos de Preux y de Reding, con objeto de agregarlos á la primera división del general Dupont, que debía ocupar á Cádiz, donde, como es sabido, se hallaba surta una escuadra francesa. También de orden suya se habían dirigido sobre Granada los tres regimientos suizos estacionados en Tortosa, Cartagena y Málaga, donde había de recogerlos á su paso el general Dupont. Creía Napoleón que situandolos, como él decía, en una corriente de opinión francesa servirían á la causa del nuevo monarca, desertando de la antigua; pero desgraciadamente había de dejar frustradas todas sus miras el impulso que arrebatava los ánimos. Las autoridades militares españolas, aunque viesen sin pesadumbre derribado el gobierno incapaz y corrompido de los Borbones, lo mismo que la clase ilustrada, estaban indignadas con los sucesos de Bayona, y de buena gana hubieran desertado con sus soldados á las provincias inaccesibles á los franceses. Sólo Murat, que ejercía en ellas cierto ascendiente, hubiera podido mantenerlas en su deber; pero sujeto á una fiebre aguda, debilitado y sin fuerzas, sin poder siquiera tolerar que le hablasen de negocios ni que llegase á sus oídos el ruido de las pisadas de sus oficiales, había cobrado aversión al país donde no era llamado á reinar; culpábale de su muerte, que miraba ya como cercana; pedía con dolorosos clamores ver á su esposa y á sus hijos, y quería que le dejases luego ponerse en camino. Era forzoso detener mal de su grado á aquel hombre heroico, transformado de repente en niño débil y caprichoso, hasta la llegada de José, para que no se desvaneciese de todo punto el fanasma de autoridad de que se echaba mano para disponerlo todo en su nombre. Advertidos los españoles del estado en que se hallaba Murat, á quien se habían llevado al campo sin que hubiera vuelto á dejarse ver por nadie, miraban su enfermedad como un castigo del cielo, castigo que por otra parte suspiraban, no precisamente por Murat, á quien tenían más lástima que aversión, sino por Napoleón, trocado ya en blanco de su

rencor implacable. Gente había que propalaba que le había hecho envenenar el mismo Napoleón para sepultar en la tumba el secreto de sus abominables maquinaciones. ¡Así divaga é inventa, sin curarse de la verdad ni de la verosimilitud, la imaginación del pueblo una vez conmovida y disparada! Tal ansiedad reinaba en Madrid, que para que se agolpase la población en masa bastaba que se dejase oír el más leve rumor en la calle, ó que resonase en cualquiera plaza el trote de un mero piquete de caballería. Salía en las poblaciones la gente al encuentro de cada correo, ansiosa de noticias, y pasaba las horas enteras discutiendo sobre ellas. Trataban los acontecimientos políticos en los parajes públicos el pueblo, la clase media, los grandes, los curas y los frailes, revueltos todos con la familiaridad que en la nación española se acostumbra; la curiosidad, la espera, la cólera, el odio, agitaban sus corazones, y en tal disposición bastaba una mera centella para encender todo un volcán.

Tal era, pues, el estado de los ánimos cuando cundió de repente la noticia de la doble abdicación arrancada por fuerza á Carlos IV y Fernando VII, que acababa de publicarse en la *Gaceta* del 20 de mayo, por cabo de un manifiesto del Consejo de Castilla en favor de José, también forzado. Cierta que esta noticia no podía llamarse imprevista, puesto que ya se sabía por una multitud de emisarios que Fernando VII estaba en Bayona prisionero y expuesto á las insidias más amenazadoras para que cediese su corona á la familia de Bonaparte. Pero la nueva oficial del sacrificio impuesto á la debilidad del padre y del cautiverio que sufría el hijo, obró en las pasiones públicas con inexplicable violencia. Fué la indignación profunda y cruel la ofensa, no sólo por el hecho en sí, sino también por la forma de burla y desprecio que se le había dado: así el efecto fué instantáneo, general, inmenso.

Reinaba ya una grande agitación en Oviedo, capital de Asturias, por dos circunstancias accidentales, que eran: primera, la convocación de la junta provincial, que acostumbraba á reunirse cada tres años; segunda, un proceso intentado contra varios españoles por haber insultado al cónsul francés de Gijón. Mandado formar este proceso por el gobierno de Madrid, había provocado una desaprobación general, porque atendida la naturaleza del ultraje que se trataba de castigar y sus autores, todos se reconocían capaces de hacer otro tanto (1); mas al recibirse la noticia de las abdicaciones por el correo de Madrid, ya no fué posible contenerse. Era aquella provincia como una España dentro de España, parecida á la Vendée en su aversión á todo linaje de innovaciones: reunidos todos sus pobladores en un mismo sentir, los señores principales se acomodaban en todo á las ideas del pueblo. Pusieron éstos al frente del movimiento, y el mismo día 24 de mayo, en que llegó el correo de Madrid, se concertaron por medio de los frailes (2) y de los alcaldes con la gente

(1) Y con razón, porque aquel funcionario se había propasado á arrojar desde sus ventanas varios impresos contra la familia de Borbón. (N. del T.)

(2) Tiene el autor la manía, muy común en los franceses, de hacer jugar á los frailes en todos los acontecimientos de esta especie. Sabido es, sin embargo, que de gente de iglesia sólo figuró el esclarecido canónigo D. Ramón de Llano Ponte entre los per-

de las aldeas para apoderarse de Oviedo. A media noche, al oír el toque de rebato, bajaron los montañeses hacia la ciudad, la invadieron, se juntaron con el vecindario, atropellaron á las autoridades, las destituyeron y confirieron todos sus poderes á la junta. Eligió ésta por presidente al marqués de Santa Cruz de Marcenado, magnate de aquella tierra, enemigo acérrimo de los franceses y servidor amantísimo de la familia Borbónica, á cuyo ardiente patriotismo debemos tributar honroso homenaje, aunque fuese contrario á la causa de la Francia. Dado por éste el impulso, se decidió que se considerasen las abdicaciones como nulas, los sucesos de Bayona como atroces, la alianza con la Francia como quebrantada, y se declaró solemnemente la guerra á Napoleón. Después de esto se tomaron cuantas armas había en los arsenales que la industria local tenía en aquella provincia copiosamente provistos; distribuyéronse al pueblo y se reservaron para las provincias vecinas cien mil fusiles; hiciéronse donativos considerables para sostener el tesoro de los insurrectos, donativos á que contribuyeron en parte máxima los propietarios acaudalados y el clero; y por último, se proclamó el restablecimiento de la paz con la Gran Bretaña, enviando en un buque corsario de Jersey dos diputados á Londres á pedir alianza y auxilios á la Inglaterra. Era uno de ellos el vizconde de Matarrosa, más adelante conde de Toreno, tan conocido entre los personajes de nuestra época como ministro, como embajador y como escritor.

Desgraciadamente el entusiasmo patriótico de los españoles no podía manifestarse sin ir acompañado de actos espantosos de crueldad, y ya iba á correr en Asturias la sangre, que tan copiosa corrió en breve en las demás provincias, cuando para honor y gloria de aquella consiguió un eclesiástico detener la efusión. Había en Oviedo dos emisarios españoles, enviados por instigación de Murat á activar la causa que se estaba formando contra los injuriosos del cónsul de Gijón; estaban allí también el comandante de la provincia, La Llave (3), que se había mostrado algo contrario á un levantamiento en sumo grado peligroso á su parecer, y los dos coroneles del regimiento de carabineros reales y del regimiento de Hibernia, que habían disentido de la opinión de sus oficiales al tratarse de si se debería favorecer ó reprimir el movimiento popular; é inmediatamente fueron estos cinco proclamados traidores, constituyéndolos presos la nueva autoridad para apaciguar al populacho. Para librarlos de su furor, quiso la junta enviarlos fuera del principado; el pueblo, aprovechando aquella ocasión, se apoderó de sus personas, y ya un gran tropel, compuesto principalmente de la nueva milicia voluntaria, los había atado á unos árboles para arcapearlos, cuando se le ocurrió á un canónigo (pues siempre el clero secular se mostró en España de más humana condición que el conventual) la feliz idea de pasar en procesión por el paraje donde se estaba disponiendo aquel crimen y protegiendo á las víctimas con el Sacramento logró ponerlos en salvo. No fué éste el

sonajes que dirigieron la sublevación de Oviedo, y éste sin duda por lo que le duraba su afecto á la carrera militar, en que de joven había brillado. (N. del T.)

(3) Don Crisóstomo de la Llave era comandante general de toda la costa Cantábrica, no de la provincia solamente. (N. del T.)

único esfuerzo que los sacerdotes honrados hicieron para precaver el derramamiento de la sangre; pero si el único afortunado, porque en breve se convirtió la España en teatro de crímenes horribles, cometidos no ya sólo contra los franceses sino también contra los españoles más ilustres y más amantes de su país.

Precedió la insurrección de Asturias dos ó tres días solamente á la del Norte de España; porque aunque en Burgos nadie podía moverse por tener allí su cuartel general el mariscal Bessieres, en Valladolid, donde no quedaba ninguna de las divisiones del general Dupont, trasladadas ya allende el Guadarrama, en León, en Salamanca, en Benavente y en la Coruña, todos los ánimos andaban revueltos y levantados con la noticia de las abdicaciones. Sin embargo, como la caballería francesa podía recorrer sin obstáculo á galope los llanos de Castilla y del reino de León, antes de insurreccionarse había que pensarlo detenidamente. Galicia fué la primera que, por estar defendida como Asturias con inaccesibles montañas, respondió á la señal levantada en Oviedo. En la Coruña, capital de esta provincia, había aún numerosas tropas españolas, aun cuando la mayor parte habían pasado con el general Taranco á Portugal. Dominaba en ella, por ser uno de los centros del poder español, cierto espíritu de subordinación militar y administrativa: el capitán general Filangieri, hermano del célebre jurisconsulto napolitano, hombre prudente, afable, ilustrado, universalmente bienquisto, aunque algo sospechoso á los españoles por ser de nación napolitano, se esforzaba en mantener el orden en su comandancia, y era uno de los jefes militares y civiles que no consideraban el levantamiento ni como prudente ni como beneficioso al país. Advertido de que el regimiento de Navarra, que estaba de guarnición en la Coruña, estaba dispuesto á favorecer á los insurrectos, le envió al Ferrol; consiguió con esto ganar algunos días, porque la insurrección que había estallado el 24 en Asturias, y que suponía consumada ya también, ó poco menos, en León, en Valladolid y en Salamanca, no se declaró en Galicia hasta el día 30 de mayo. Pero celebrábase en este día la fiesta de San Fernando: acostumbrábase en él á enarbolar en el palacio del gobernador y en los lugares públicos banderas con la efigie del Santo; no hubo ánimo bastante para hacerlo esta vez, temiendo que por festejar á San Fernando se creyese que se festejaba al soberano preso en Bayona, que acababa además de abdicar; mas no pudo contenerse á este espectáculo el pueblo de la Coruña: acudió en torno de la guardia que defendía el palacio del gobernador un gentío inmenso de hombres, mujeres y niños, llevando en alto efigies del santo y gritando *¡Viva San Fernando!* Los niños, como más atrevidos, se precipitaron entre los soldados, que les dejaron atravesar sus filas; siguiéronles las mujeres, y al punto se vió el palacio del capitán general invadido, allanado y coronado con la efigie del santo que no se había querido enarbolar, viéndose precisado á huir el mismo Filangieri.

Formóse al instante una junta, se proclamó la insurrección, se declaró la guerra á la Francia, se dispuso lo mismo que en Oviedo un levantamiento en masa, y se distribuyeron al pueblo los fusiles del parque de armas. Sacáronse de allí cuarenta ó cincuenta mil de éstos para armar á todo el que se presentara. El régi-

miento de Navarra fué inmediatamente llamado y regresó del Ferrol en triunfo. Prodigaron los grandes y el clero sus donativos: el tesoro de Santiago de Compostela contribuyó con dos ó tres millones de reales. Seguía, no obstante, gozando de la pública estimación el capitán general Filangieri, conociase la necesidad de tener al frente de la junta á tan eminente personaje, y se le brindó con su presidencia, que él aceptó al punto. Cediendo este hombre excelente, aunque con pesar, al arrebato patriótico de sus conciudadanos, se puso lealmente á su cabeza con objeto de neutralizar con la prudencia la temeridad de las resoluciones. Trajo de Portugal las tropas del general Taranco; aumentó los cuadros de la tropa regulada con los voluntarios insurrectos; empleó el considerable material que tenía á su disposición en armar á los nuevos alistados, y de este modo se apresuró á organizar una fuerza militar de algún valor.

Entretanto llevó á las gargantas de las montañas de Galicia sus cuerpos mejor organizados, y los situó entre Villafranca y Mazanal, para detener á las tropas enemigas que acudiesen de los llanos de León y Castilla la Vieja; pero mientras él mismo vigilaba en persona la colocación de sus apostaderos, unos fanáticos que no le habían perdonado su pasada indecisión ni su prudencia tan disonante con sus desordenadas pasiones le degollaron bárbaramente en las calles de Villafranca. Había allí un destacamento del regimiento de Navarra, exasperado aún por los días que había estado desterrado en el Ferrol, y á él se atribuyó aquel crimen, que fué como la sentencia de muerte para la mayor parte de los capitanes generales.

Cundió al punto la conmoción de Galicia al reino de León y la insurrección se verificó del mismo modo y con las mismas formas al llegar allí ochocientos hombres de tropas enviadas de la Coruña. Instituyóse una junta, se hizo la declaración de guerra, se decretó el levantamiento en masa, se armó al pueblo con las armas arrebatadas en los arsenales de Oviedo, el Ferrol y la Coruña. En León estaban ya los insurrectos en la llanura, muy cercanos á los escuadrones del mariscal Bessieres; pero más lo estaban todavía los de Valladolid: sin embargo, bastaba al imprudente entusiasmo de los españoles no ver nuestros jinetes, aunque los tuviesen á pocas leguas de distancia, para entregarse á la insurrección (1). Era capitán general de Valladolid don Gregorio de la Cuesta, militar antiguo, observador inflexible de la disciplina militar, hombre de carácter triste y caprichudo que, aunque herido en el corazón como todos los españoles por los sucesos de Bayona, no se imaginaba que fuera posible contrarrestar el poderío de la Francia, y propendía á creer que sería forzoso aceptar de ella la regeneración de su patria, considerando los beneficios que pudiesen resultar de una reforma general de los antiguos abusos como una compensación de la ofensa hecha al orgullo nacional. Obraba además en su corazón cierto sentimiento particular,

(1) Celebramos que consigne Mr. Thiers esta circunstancia, porque para nosotros lo que con ella testifica es el noble ardimiento de los españoles y el desprecio que hacían de las huestes de Napoleón; á diferencia de otros pueblos, reputados también valientes, que se amilanaron al asomar la primera vez los franceses por sus fronteras. (N. del T.)